La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 21 de diciembre de 1891 — Núm. 521



EPILOGO, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de la Excma. Diputación provincial de Barcelona

ROMÁN RIBERA

Conocí á Ribera en París, durante la Exposición del 78. ¡Cuánto ha cambiado el criterio artístico desde entonces! Con esto no digo que no existieran, ya en germen, ya en estado de madurez, todas y cada una de las escuelas que hoy privan, el japonismo ó el *paroxismo* inclusive; pero ni todas habían obtenido sanción oficial ni el público les concedía igual atención. No era todavía el público quien admirase en el *Salón* del mismo año á Bastien Lepage, ni en las secciones de pintura de la Exposición Universal á Israels, á Menzel, á los paisajistas y pintores de escenas íntimas, de Holanda, Inglaterra y Suecia. Entre los de Francia estaban en los mejores días de su reputación Laurent, Bretón y Bonnat, que exhibía su célebre *Cristo;* de los belgas eran los más famosos Wauters, Stevens y De-Vriendt; de los ingleses, Millais y Alma Tadema con sus arqueologías. La mayoría de los espectadores acudía á contemplar cuatro grandes cuadros: *Las antorchas vivas*, de Seymiradsky; *La entrada de Carlos V*, de Makart; el *Milton*, de Munkacsy, y *Juana la loca*, de Pradilla. Este último cuadro triunfaba en la sección española á competencia con la incompleta colección de Fortuny, que ocupaba el testero. Tras el deslumbramiento producido por el sol de Fortuny, polarizado y derramado sobre la tela, subvirtiendo – decían – todo principio de unidad, la primera obra de Pradilla fomentó la esperanza de una reacción hacia la gran pintura, como resultado de la fundación de nuestra Academia en Roma. Apenas figuraban en la sala otros cuadros que los de las dos opuestas tendencias, pues el maestro catalán no había perdido su prestigio, ni se había apagado el rastro de luz chispeante y rutilante que brotó de sus pinceles. Particularmente la crítica francesa se veía obligada á combatir y admirar á un tiempo á toda una pléyade de pintores españoles é italianos, embriagados de colores y fascinados por aquella luz cruda y difusa. Todo se volvía entonces reprocharles que en sus obras predominaba el procedimiento sobre la idea, y que derrochaban su energía creadora en la investigación microscópica de los efectos lumínicos y luciendo una habilidad manual refinadísima y prodigiosa en la reproducción del matiz y del detalle. Su visión del color era una sobrexcitación enfermiza de la sensibilidad óptica; locura, empeñarse en pintar al aire libre el *sol de verdad* «sin escamotear un solo rayo;» borrachera, aquella exuberancia de primores y matices. Aunque no todos los émulos y amigos de Fortuny podían llamarse con justicia sus imitadores, los mismos términos se aplicaban, con más ó menos restricciones y variantes, á las marinas venecianas de Rico, á la *Salida del baile*, de Madrazo; al *Taller*, de Casanova; á Jiménez Aranda, y hasta á la *Aventura del Quijote*, de Moreno Carbonero. Lo repito: no había más que frescos y brillantes fragmentos de colorista en pleno sol, orgías de blanco y rosa, sonoridades inusitadas hasta entonces, ó trágicos y sombríos cuadros de historia, legado de Rosales. Con la *Lucrecia* de éste y el ya citado de Pradilla, recuerdo además *El entierro de San Sebastián*, de Ferrán; *Los orígenes de la república romana*, de Plasencia; la *Educación del príncipe D Juan*, de Martínez Cubells... O el diletantismo de los coloristas ó la declamación de los pensionados. Alguien llamó á Fortuny el «Marivaux de la pintura». Pues bien: allí no había más que Marivaux.. y Echegaray.

En el reducido entrepaño que dejaban vacío uno y otro figuraba una nota nueva, original. Allí había colocado Ribera sus tres cuadros, *El café ambulante, El café cantante* y *La vendedora de gallinas.* No eran los primeros que pintaba en París (donde se había establecido pocos meses antes, recién llegado de Roma); pero fueron sí los que atrajeron definitivamente los elogios y la atención de la crítica sobre su autor. Recuerdo perfectamente la viva impresión que causaban á todos, y por supuesto, más y mejor la que me causaron á mí. No podía darse mayor contraste con el resto de las obras expuestas, ni el efecto de una obra más propia y singular Ribera era allí el único que echaba por su camino, reposada y serenamente, sin preocuparse de nada ni de nadie El interior de un café cantante del día ó el espectáculo de una calle parisiense á las primeras horas de la mañana, habían de resaltar forzosamente entre la muerte de un Pizarro ó la elegante silueta de una *Pierrette.* Era aquel el realismo urbano de la vida contemporánea, pero de la vida contemporánea y parisiense entre burgueses y obreros. El mismo contraste que en el asunto existía en la pintura, equidistante de los tonos agrios y severos de la triste y sangrienta historia y los matices tornasolados de un forro de seda. Ni sobrexcitaciones de la visión, ni tumulto de tonos: una pintura construída sólidamente, con sinceridad y aplomo, franca y simplemente preocupada de la verdad, que no excluía, sin embargo, la viveza, ni tampoco cierta otra elegancia peculiarísima que luego había de acentuarse en las ulteriores obras del pintor. *El café cantante* y *El café ambulante* se han reproducido mucho en grabado, y en ellos puede verse con su excelente dibujo, la naturalidad y expresión de las figuras y el carácter del conjunto; pero lo que en los grabados no se ve es la propia manera de pintar del autor, su maestría, su vigor y el equilibrio y reposo de su pintura. Se revelaba perfectamente allí todo un artista sincero y convencido, de robusto temperamento y dueño por completo de su arte.

He dicho que á Ribera no le era necesaria aquella exhibición para darse á conocer entre los más famosos *amateurs.* Ya en Roma, Goupil menudeaba los encargos: en cuanto tuvo el pintor en París, acaparó cuanto producía. Alejado el artista del tumulto y los reclamos ruidosos, su vida era la de tantos pintores parisienses, consagrados á un incesante y regular trabajo de benedictinos, para quienes la fascinadora ciudad de los bulevares no es sino un vastísimo convento, y el taller de antaño con sus orgías, mascaradas y guitarreo, una celda apacible, cerrada á los importunos á piedra y lodo. Ni ruido, ni interrupciones, ni asalto de amigos intrusos que traen al estudio el desorden y las tumultuosas preocupaciones de fuera, y arrebatan á los artistas á su obra. La calle, el barrio entero son pacíficos, solitarios, melancólicos; largos muros de jardines particulares ó de vastos edificios extienden su dormida sombra sobre la acera limpia, lustrosa, poco transitada. La casa es tranquila; los vecinos apenas se conocen ni se ven; el artista puede trabajar horas, días enteros, seguro de sí mismo: dejar á la puerta todas sus preocupaciones, sus amores, sus reyertas, sus diversiones, sus contratiempos; abrir en ellas un paréntesis, levantar ó cerrar la exclusa de la corriente de la vida; en una palabra, puede dejarse llevar por ella cuando le acomoda y detenerla cuando le conviene. Cuanto le atrae está lejos, muy lejos de allí; en otro mundo... ó al menos á la otra parte del río. Sólo esta distancia es bastante para cambiar la existencia del artista, y no sólo favorece su trabajo, sino que le obliga á él. Su pereza, sus desmayos carecen de adulaciones y tentaciones. Para hacer una visita hay que perder á veces un día entero: trasladarse á otro barrio, comer en otro restaurant, hacer cola aguardando un tranvía. Para asistir á una recepción ó á un estreno, disponerse con horas de anticipación: gestionar los billetes unos días antes, revocar la cita al modelo, introducir en la labor el desorden... Lentamente, tales obstáculos acostumbran á la soledad y fomentan con el cariño al estudio la tenacidad de las vocaciones verdaderas. Hacen más: alejan al artista de la perturbación maléfica de las disputas de camarilla, y le sustraen á la deletérea influencia del parecer ajeno, frívolo ó alevoso. Si este aislamiento puede serle á la larga perjudicial, para obviar este inconveniente se establecieron las reuniones periódicas de literatos y artistas en día fijo, bolsa ó mercado de ideas y de impresiones, donde hallar la cotización del día y una acogida retenida y culta que, si disfraza las mismas flaquezas y rencores de todas partes, las templa y suaviza con la forma exterior, que acaba siempre por modificar el fondo. La carencia del roce continuo y vulgar en la misma *carne viva* – grave molestia de los círculos pequeños – hace menos acre y envenenada la lucha, y por tanto suele ser más digna y soportable.

D. ROMÁN RIBERA (de fotografía de D. Juan Martí)

Estas condiciones de vida, no sólo eran las más convenientes á un pintor como Ribera, sino las más

adecuadas y conformes con su carácter y sus aficiones, con sus gustos selectos en toda suerte de artes, además de la pintura. En tal aislamiento se afirmaron sus convicciones, se depuró su criterio artístico; á él debió sus rápidos progresos. Su laboriosidad era la de cuantos han sobresalido; su trabajo, incesante. Todavía buscaba sus asuntos en los cuadros de la vida actual: los grupos de obreros parisienses, el tipo del *égoutier*, reproducido en tablitas primorosas con extraordinario carácter, ó los accidentes y episodios de la calle: el *pierrot* beodo, tendido en la acera, rodeado del guardia y el cochero, y alguna de esas figurillas de niña adolescente, espigada y agraciada, que suele colocar el autor como una nota tierna y simpática junto á los hombronazos groseros del pueblo de París. Pero sus fruiciones de colorista le fueron atrayendo día tras día hacia otros asuntos menos triviales y que le ofrecieran ocasión de ejercitar los tonos más exquisitos de su paleta. A la vida y á la verdad se añadía otro atractivo; la seducción y la exquisita elegancia de la mujer parisiense y de la misma modelo, con su peculiar desenfado y aptitud para comunicar á la moda del día una inexplicable gracia artística. La *Salida del baile* es la obra maestra de Ribera, que resume estas cualidades: distinción singular aliada á una animación y verdad superiores. Sus *modelos*, sus testas femeninas, de expresión tan delicada y de facciones tan bellas, tienen los mismos atractivos. En la interpretación de la mujer contemporánea parisiense, Ribera tiene su tipo peculiar que le distingue de todos los que forman la infinita serie



TAMBOR FLAMENCO, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Jorge de Maldá

que va modernamente de Stevens á los últimos caricaturistas. Los estudios femeninos de Ribera animan con una gracia propiamente moderna, verdaderamente indefinible é indescriptible, porque no está en las líneas, sino en el juego de la fisonomía, y no está sólo en éste en absoluto, sino en sus más pasajeras modificaciones, mezcla de picaresca ironía y de nativa bondad.

Tras estos tipos, ó alternando con ellos, vinieron los bebedores, músicos, soldados y palaciegos; los *setecientos* con sus golas de encaje, sus anchos calzones, mangas acuchilladas y sombrero de fieltro. Esa indumentaria pintoresca y de tan varia calidad, raso ó terciopelo, níveos encajes y ante flexible; el mobiliario de siglo XVII, los instrumentos músicos de maderas preciosas, los jarros esmaltados, las irisadas y quebradizas copas de Venecia, bañándose en la luz tamizada de los vidrios de las ventanas; los cuerpos sanos y robustos, las cabezas enérgicas y características, eran los materiales más propios para satisfacer las crecientes fruiciones de un dilletante del color, de un enamorado de una pintura primorosa sin ser detallista, y sólida y brillante al propio tiempo.

J. YXART

EL FANTASMA

(Conclusión)

—¿Pues entonces?... interrumpió D. Pedro.

—Es que eso fué anteanoche. Pero anoche la gente que salía del rosario de Nuestra Señora de Gracia y todos los vendedores del mercado

DESCANSO DEL MODELO, cuadro de D. Román Ribera (de fotografía de D. Juan Martí)

de la Cebada vieron, ó mejor dicho, sintieron al fantasma, porque no se hizo visible.

– ¿Pues entonces, repitió el indiano, cómo notaron su presencia?

– Por el ruido de una cadena que sonaba tan pronto en el suelo, como en los balcones ó en los aleros de los tejados. La gente estaba despavorida, los cazadores de á caballo de la plaza cerraron su cuartel, hasta que habiendo salido el cura párroco de



San Millán, hisopo en mano, cesó el rumor de la cadena y restablecióse la tranquilidad.

Juan, el librepensador de Arévalo, oía todas estas cosas silencioso de estupefacción, hasta que por fin, no pudiendo contenerse, se permitió un ligero desahogo y dijo de pronto, porque no se atrevió á protestar por completo, metiéndose en cosas más hondas:

– Vamos á ver, ¿hablan ustedes formalmente ó se chancean?

– ¿Chancearnos de qué?, preguntó don Jerónimo.

– Respecto al fantasma. ¿Creen ustedes todas esas majaderías?

– ¿Cómo no creer lo que se ve ó lo que se oye?, observó el indiano.

– La historia sagrada está llena de apariciones, dijo el místico D. Jerónimo.

– Y además, reforzó el boticario con leve acento socarrón, si no hubiera aparecidos, almas en pena, espectros y visiones, ¿de qué servirían los exorcismos que la iglesia recomienda en tales casos?

Juan iba á desbordarse, pero por un supremo esfuerzo de voluntad se contuvo, y para mejor tragar la bilis fijóse mucho en los piececitos de Inés, que pasado el susto del relato del fantasma seguía meciéndose.

IV

Llegó el día 21 de enero y con él la fiesta onomástica de Inés, la bella americanita. Su padre, como es natural, quiso celebrarla, invitando á comer á Juan y demás amigos íntimos y contertulios, á los que agregó al cura párroco de la contigua iglesia de San Pedro, el cual por la mañana había enviado á su joven feligresa una preciosa medalla de la santa y un rosario de filigrana. Aunque D. Pedro acostumbraba á comer á las dos de la tarde, convínose en que el banquete de aquel día se celebrara á las seis de la noche, á fin de no perturbar en sus diurnas ocupaciones á los comensales. Juan regaló á su amada prima un abanico chinesco con varillaje de concha y clavillos de oro; lo cual á mi modo de ver fué un regalo algo extemporáneo estando en enero. Quizá el joven supuso que su adorada hallábase tan sofocada como él, y con pretexto de la solemnidad del día se le pasó casi todo en casa de su tío. Llegó la hora de la comida, que fué alegre y sabrosa, especialmente para el joven de Arévalo; pues notoria es la satisfacción que produce el comer bien, sentado *cabe* la novia. El párroco de San Pedro era un sacerdote amable, que se expresaba muy bien, y el boticario derrochó aquella noche un caudal de chistes y dicharachos. Con tales alicientes y con sentir tan próxima á su prima, Juan estaba encantado, y él y todos los demás hicieron (con moderación) honor á los buenos vinos con que les obsequió el indiano, así como también á las clásicas natillas con bizcochos.

La hora del café no fué tan agradable para el joven librepensador, porque se suscitó la eterna conversación del fantasma que la noche anterior había traído alborotado el barrio. Algunos supusieron que el tal aparecido era el alma de Godoy, príncipe de la Paz, fallecido en Roma; suposición errónea á todas luces, puesto que dicho personaje ha muerto hace unos cuarenta años pobre y olvidado en París. Después de comentar este rumor, los tertulianos de D. Pedro comenzaron á hacer disquisiciones respecto á aparecidos y fantasmas, y muy especialmente el cura de San Pedro, que era un pozo de ciencia en esta materia.

Según él, el flamante fantasma debía pertenecer á la clase de mixtos, es decir, á los que aunque espectros tienen algo de corpóreos, pues de no haber sido así, no podría soportar el peso de la cadena que llevaba. Juan, á pesar suyo y no obstante la proximidad de su prima, iba prestando atención á estas disertaciones fantásticas. Parecíale imposible que el buen sacerdote, que demostraba tener muy buen juicio, y los demás, que no le tenían huero, desbarrasen hasta el punto de irse á las Batuecas. La creencia, como la locura, son contagiosas, y había momentos en que el joven librepensador pensaba en que Voltaire y él podían estar equivocados. Tal vez



Hojas del álbum de D. Román Ribera

los horrores de la digestión hacíanle vacilar en sus convicciones.

Pero al salir á las once de la noche de casa de su tío, el fresco nocturno devolvióle su fuerza de raciocinio, y se dijo que sólo existía un fantasma muy lindo, cuyas suaves manitas no arrastraban más cadenas que las del amor. «¡Ah, Voltaire,!» pensaba el joven de Arévalo, subiendo lentamente por el hoy derribado pretil de Santisteban. «¡Hace más de cuarenta años que tú naciste, y aún se reproducen los fantasmas que barriste á escobazos!»

Pensando en su prima y en el filósofo francés desembocó Juan en la calle del Almendro, que estaba obscura como boca de lobo, cuando sintió un leve ruido que parecía provenir del pretil. Supuso que sería producido por algún transeunte, y siguió andando.

Al torcer el recoveco que hace la susodicha calle, creyó oir una especie de alarido y detuvo el paso.

Luego oyó como el ruido de una cadena que arrastrase por el suelo, y retrocedió hacia el pretil para ver si era seguido por alguien.

Miró y no vió nada ni oyó ruido alguno.

Entonces prosiguió el camino que seguía, pensando en si aquellos rumores eran sólo imaginarios, ó en si la excitación y los vinos de la comida habíanle hecho efecto.

La noche estaba obscurísima y el cielo muy nublado. Juan, casi palpando las tinieblas, llegó á la plaza de San Andrés, encaminándose hacia la de Puerta de Moros.

No había vuelto á oir nada, y estaba tranquilo, aunque algo nervioso; pero al pasar por frente á una tienda de pastelería (entonces cerrada por supuesto) oyó en lo alto el ruido metálico que antes el había sorprendido, y que parecía sonar en la muestra muy saliente de la pastelería.

Detúvose sobresaltado. La cosa iba siendo grave: no había medio de creer que aquel ruido era ilusorio.

Al fin era hombre, y un punto temblaron los nervios del hombre, y un punto temió, como ha dicho Espronceda.

Encendió un fósforo de cristal, que fueron los primitivos que se conocieron en este siglo de las luces, y miró hacia lo alto, tratando de examinar la muestra; pero desistió de su propósito porque una ráfaga de aire apagó aquella imperfecta luminaria, y además porque el ruido del hierro arrastrando sonaba hacia la esquina de Puerta de Moros.

Ibansele poniendo á Juan los pelos de punta, y comenzaba á sentir escalofríos.

Prosiguió andando, no me atreveré á asegurar que con tambaleos.

Mientras desembocaba en la plaza de Puerta de Moros, receloso y mirando hacia todas partes, ocurriósele una idea: él, á solas con D. Lesmes el boticario, había asomado la oreja de librepensador; ¿no podía ser aquello una chanza del farmacéutico, que era muy bromista?

Al atravesar la plaza, dióse á sí propio la contestación, pues al entrarse pensativo en la calle del Humilladero, en vez de por la de las Tabernillas, que era la suya, volvió á oir el ruido metálico sobre una arca de agua monumental que hay á la entrada de la antedicha calle.

¿Cómo, pues, suponer, que un boticario viejo, de ocho arrobas de peso, podía encaramarse á aquellas alturas?

No cabía duda: aquel incidente era sobrenatural. Admitido esto, era forzoso admitir por engranaje filosófico todo lo que negaba y escarnecían Voltaire y sus secuaces.

Entonces bulló en la mente del joven de Arévalo la levadura de su educación cristiana, y recordó con respetuosa fruición los tiempos en que ayudaba á dos ó tres misas diarias...

Continuó andando, y como no volviera á sentir rumor alguno, íbase reponiendo de su susto, pero al llegar al fin de la calle de Luciente, por la que se había metido para tomar la de las Tabernillas, volvió á oir el temeroso rumor sobre la cornisa de la tapia de la Escuela de los doctrinos.



Desde entonces el paso de Juan fué casi de fuga. Llegó á su casa, abrió la puerta de la calle y luego la de su cuarto; azarado y trémulo encendió luz y dejóse caer en una silla.

Después que húbose serenado un tanto, se acostó, y el calor y reposo de la cama apaciguaron un tanto la tensión de sus nervios. Sin embargo, no podía dormirse, y su imaginación combatida por mil ideas opuestas era una jaula de grillos. Por fin, el dios Morfeo, ó el dios de Voltaire, que venía en su ayuda, comenzaba á cerrar sus ojos, cuando súbito oyó ruido en su balcón, cuyas maderas estaban entornadas. Parecía como que una mano impaciente golpeaba los vidrios.



MUSICA CLÁSICA, copia del cuadro de D. Román Ribera, propiedad de la Sra. Viuda de Ferrer

(Reproducción fotográfica del Sr. Audouard.)

Levantóse Juan despavorido y despeluznado, tomó una pistola que tenía sobre su cómoda, hizo un esfuerzo supremo y abrió el balcón.

En el balcón no había nadie, pero al fin de la calle sonaba el ruido del pavoroso metal, acompañado de un grito agudo, estridente, que de seguro no pertenecía á criatura humana...

A la mañana siguiente levantóse el joven de Arévalo más pálido que un vampiro. No quiso hablar con nadie ni tomar chocolate. Se vistió apresuradamente, fué á la iglesia de San Pedro, buscó al cura párroco, que acababa de celebrar la misa, y pidióle que le oyera en confesión...

Más tranquilo ya con estos auxilios espirituales, se trasladó á casa de su tío el indiano, en donde estaba convidado á almorzar.

Halló abierta la puerta de la calle, que daba á una especie de vestíbulo ó zaguán, entró en éste, y la primera persona con quien tropezó fué con su prima Inés, en bata chinesca y zapatillas de tafilete encarnado, que le dijo:

–¿Sabes que se ha escapado Mister Górriz?

–¿El mono?

–Sí, ha roto la argolla de la cadena. Esta mañana le hemos echado de menos.

F. M. GODINO

LA DUDA FATAL

SEGUNDA PARTE DE

LA CADENA INVISIBLE (1)

Apenas la infeliz Estela se vió sola, bajo el peso cruel de la ignominia, martirizada el alma por la vergüenza y el dolor, llena de espanto y perseguida por las más trágicas visiones, convertidos todos sus sueños de amor y de ventura en una especie de pesadilla horrorosa, de cuya realidad no cabía duda de ningún género, decidió poner fin á aquel tormento superior á sus fuerzas poniendo fin á su vida, y huyó dejando á su espalda la algazara y el ruido á la ebria muchedumbre. En carrera vertiginosa cruzó calles y plazas, atravesó los bulevares y fué aproximándose rápidamente á los muelles del Sena. Pensó una vez en su hermano, cuya existencia había amargado para siempre con la relación de tantos y tan tremendos infortunios, y se figuró volver á verlo con los brazos abiertos al ir en ellos á estrecharla; pero esta visión fugitiva pasó como un relámpago entre el huracán que sacudía sus atropellados pensamientos...

Llegó al muelle del Louvre, acercóse al puente Nuevo. Por el muelle y por el puente había transeuntes que pasaban y guardias vigilantes en la orilla del río. Clareaba ya la luz de la aurora dando á las aguas del Sena un leve reflejo ceniciento. Estela fué alejándose en dirección á la plaza de la Concordia. Buscaba un sitio solitario donde consumar el supremo sacrificio Después de dejar á su izquierda el puente Real y antes de acercarse á la Gran Plaza, se detuvo junto al parapeto, volviendo la espalda al jardín de las Tullerías para observar si era vista por alguien. Al volverse, vió á su lado á un hombre que había ido siguiéndola y en quien ella, en su locura, no había reparado. Era un hombre elegantemente vestido que, al mirarla de cerca con inflamadas pupilas y cogiéndola de un brazo, le dijo con voz ardiente:

–¡Hermosa mujer! ¡Vas á venirte conmigo!

La joven lanzó un grito, se desasió de las manos que la sujetaban y corrió despavorida.

Cuando llegaba Estela á la plaza de la Concordia pasaba por allí un carro que iba á los mercados Centrales. El carretero distinguió el rostro de la desesperada á la luz de un farol, y exclamó, haciendo restallar su látigo:

–¡He ahí una que se ha divertido demasiado y que vuelve tarde á su casa! ¡Para ellas es el mundo!

Y el carretero añadió á estas palabras un obsceno apóstrofe, dirigido á Estela en voz alta para que lo oyese.

El puente de la Concordia estaba desierto. Estela penetró por él Sólo á larga distancia, al pie del palacio Borbón, movíanse dos negras sombras. Miró la joven á su alrededor: no había nadie. Después miró al cielo, bañado ya en la naciente luz del día. Luego se llevó la mano á la frente como para detener en su fuga á la razón, que se le escapaba. Por fin se subió sobre la balaustrada de piedra, y con la mirada desvanecida en el infinito, mientras se marcaba en su pálido rostro una expresión de angustia sublime, se arrojó al Sena, que se apresuró á recoger en sus turbias aguas á aquella arrogante hermosura, cuya codiciada posesión tantos galanes hubieran envidiado al caudaloso río. Avaro éste de su tesoro, ó temiendo quizás que alguno se lo disputara, lo ocultó en su seno instantáneamente, haciéndolo desaparecer bajo sus heladas caricias.

En aquel momento asomó su proa por entre los pilares del puente un vapor que salía para el mar. Junto al vapor, que aún avanzaba con lentitud, iba una chalupa ayudando á la maniobra. El hombre que dentro de la chalupa seguía al barco sintió caer algo en el Sena; fijó su atención en el sitio donde la caída se produjo, guiado por los círculos que formaba en la superficie el agua removida, y no tardó en ver flotar á pocas brazas de la chalupa un vestido de mujer.

Los marineros del Sena son diestros como nadie en esta clase de salvamentos, y Estela fué extraída del río con prontitud en cuanto volvió á flor de agua. Una vez á bordo del vapor, observóse que aún vivía y se la instaló en el camarote del capitán.

Tornó el capitán á su tarea y confiósele el cuidado de la joven á un pasajero que viajaba gratis por especial favor, un hombre original y extraño, medio sabio y medio poeta, y en su doble calidad dos veces pobre, que no habiendo logrado descifrar el problema de la vida, iba á encerrarse en la soledad, entre las olas, en uno de esos faros aislados que se alzan sobre una peña.

Llamábase Jenaro; tenía treinta años ya cumplidos. En sus ojos había cierta fiereza indómita mezclada á una inocencia infantil. Era morena su tez y su barba negra é inculta.

Desde que Estela fué recogida á bordo, Jenaro, que parecía haber hecho estudios especiales sobre el caso de que se trataba, dirigió todas las medidas que se tomaron para devolver á la joven la existencia. Él mismo la colocó en la postura que más convenía; encendió un fuego muy vivo junto al cuerpo de la ahogada y aplicó todo el procedimiento que la ciencia prescribe.

Al pasar el vapor por Mantes, al pie de la gran-



LA VÍSPERA DE LA FIESTA, cuadro de D. Román Ribera, grabado por Sadurní

(1) Véase LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA núms. 501 y 502, correspondientes á los días 3 y 10 de agosto último.

diosa alameda, Estela abrió sus ojos en soñadora actitud, sin fijarse en Jenaro. Aunque fué aquella una mirada vaga é indecisa, Jenaro quedó en ella absorto, contemplando la hermosura de aquellos grandes ojos negros. Lanzó Estela un suspiro, cerró de nuevo sus párpados, y Jenaro, viendo que nadie más estaba en el camarote, besó aquellos ojos, apretando bien las frías manos de Estela para provocar una reacción salvadora

Antes de que el vapor llegase á Rouen los ojos de la triste realidad. Jenaro se esforzó de tal manera por ir borrando todas las huellas del pasado en su mente, que al dejar atrás el río iba ya Estela creyendo en una vida nueva y en la vanidad de aquella siniestra fantasmagoría de la que aún se figuraba sentir en su espíritu la carga abrumadora.

Deseando el capitán del vapor instalarse á sus anchas en el camarote, y hallándose ya Estela fuera de cuidado, disponíase á hacerla desembarcar en el primer puerto por donde pasase; mas Jenaró suplicó al capitán que le dejara llevarse consigo á Estela para tenerla en su compañía en el islote desierto.



UNA PARTIDA COMPROMETIDA, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Manuel de Camps

de Estela volvieron á abrirse y de sus labios salieron débilmente estas palabras:

– ¿Es un sueño?

– ¡Sí!, contestó Jenaro con ansiedad. ¡Es un sueño!

Entonces la joven miró á su compañero y su fisonomía comenzó á animarse.

– Pero ¿es un sueño que estoy viva ó ha sido un sueño cuanto por mí ha pasado?

– Todo cuanto creéis haber sufrido ha sido un sueño únicamente, murmuró Jenaro al oído de Estela, comprendiendo cuán delicada y crítica era la situación. Ahora es cuando no soñáis; todo lo demás fué sólo una pesadilla de la que no hay que volver á acordarse ya nunca.

– ¿Es verdad lo que me decís?

– ¡Cuanto os digo es verdad! Ahora es cuando empieza vuestra vida Hasta ahora habéis sido esclava de un prolongadísimo letargo.

– ¿Y dónde estoy?, exclamó Estela incorporándose.

Su fatiga era extrema, y la joven volvió á desplomarse, rendida, sobre el lecho en que reposaba.

– ¡Vamos! No os agitéis. Procurad ahora dormir algunos momentos Os conviene descansar. ¡Sobre todo, que vuestra imaginación no trabaje!

Y al decirle esto Jenaro colocó á Estela en una posición que le impidiese ver el río.

La joven volvió á dormirse.

Pasaron muchas horas. Cada vez que Estela se despertaba, Jenaro prodigábale cuantas atenciones su estado exigía. Aunque ignoraba por completo las causas que la impulsaron á tomar la resolución fatal del suicidio, era evidente que aquella desgraciada había sido azote de extraordinarias desdichas. Venía á ser un acto humanitario apartar su pensamiento

Estuvo tan persuasivo, hízole con tanta elocuencia ver cuán conveniente sería un cambio completo de vida para aquella desesperada, le convenció hasta tal punto de la necesidad de seguir con ella un tratamiento especial que nadie mejor que él podría aplicarle, que el capitán cedió al fin. Además, el viejo lobo marino temía las enojosas y múltiples formalidades á que tan aficionados son los hombres de tierra; y como, por no detener su marcha al salir de París, había infringido los reglamentos continuando á bordo con la joven extraída del río, quiso evitar declaraciones y trámites y accedió á la pretensión de Jenaro.

Al ir el vapor aproximándose á la aislada roca de cuyo faro iba el extraño pasajero á ser el guardián, compuso éste á la joven una bebida que la sumió en profundo sueño, y dormida desembarcaron á Estela en el solitario islote, desde el cual la costa se divisaba como una franja verde, á la que los arenales formaban un festón de oro sobre la nívea espuma de las olas.

Estela se despertó sobre el faro blanquísimo. El mar estaba en calma y brillaba el sol entre las dos azules inmensidades, la inmensidad oceánica y la inmensidad celeste. El vapor que iba alejándose dejaba á su popa un prolongado surco que poco á poco se borraba en la líquida superficie. Una bandada de gaviotas cerníase alrededor del faro, lanzando esos alegres chillidos con que las palomas del mar celebran sus fiestas. Diríase que, contentas, saludaban á Estela por su venida.

Jenaro había querido que al abrir Estela sus ojos viese aquel admirable espectáculo. En medio de estos cuadros grandiosos de la Naturaleza regocijada y radiante de hermosura, las miserias de nuestra vida se achican de tal manera que apenas las percibimos.

– Pero ¿qué es esto?, exclamó Estela con asombro, mirando extasiada en torno suyo. ¡Estoy en medio del mar!

Luego, clavando en Jenaro sus ojos, le interrogó:

– ¿Y vos quién sois? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué os halláis á mi lado? ¡Explicádmelo todo!

Estela estaba bellísima en su marmórea palidez. Jenaro, esclavo ya de los encantos de la joven y embriagado por el deleite que la contemplación de aquella belleza peregrina vertía en su alma, dijo á su hermosa y ya amada compañera:

– Esto que veis es la dicha. Un rayo de sol, la libertad, el amor y un horizonte inmenso... De eso se compone la dicha humana. ¡Mirad! El sol derrama torrentes de luz sobre nuestras cabezas; aquí somos libres, tan libres que jamás sobre esta isla se proyectó la sombra de un rey, de un juez ni de un verdugo; es tan puro nuestro amor que nunca podrá empañarlo ni la más ligera nube; ni el vil interés ni los celos llegan hasta aquí; sólo el cielo y el mar son testigos de nuestra ventura; volved en torno la vista: nuestro horizonte no tiene límites; la creación presenta á nuestros ojos sus mayores magnificencias y el infinito nos descubre sus más indescifrables misterios.

Al escuchar maravillada este lenguaje, Estela miró á Jenaro con viva atención, observando los rasgos de su fisonomía expresiva y original. Comprendió la sinceridad profunda con que aquel hombre había hablado. Sus teorías sobre la dicha humana hallaron eco en su corazón. Se dió cuenta del sentimiento que en el alma de Jenaro había hecho y, al cabo, pudo éste un día proclamarse dichoso, viendo á Estela suya y feliz, subyugada por el encanto que para ella tenía aquella vida nueva.

Pasaron las horas, los días, las semanas y los meses en verdadera fascinación. Cuando llegó el buen tiempo, una golondrina fué á colgar su nido en lo más alto de la torre.

Ni una sola vez Jenaro quiso preguntar á Estela lo que la indujo á suicidarse. Ni una sola vez se atrevió á hablarle de las causas que la decidieron á lan-



COUP D' ŒIL, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Isidoro Llovet

(De fotografía de Juan Martí.)



PERCANCES DEL CARNAVAL, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Adolfo Solá

zarse al río ni de nada siquiera que pudiera evocar el pasado en su memoria.

Sin embargo una tarde, mientras Estela al pie del faro regaba unas flores y él en la altura miraba hacia la costa, pensó que en aquella tierra que estaba viendo, Estela había vivido, y había sido hermosa, y había sido amada, y... ¡quién sabe! ¡quizás había amado!... ¡Oh! ¿Existiría sobre el mundo algún hombre que hubiera poseído el amor de Estela?... Jenaro al pensar en ello se estremecía. Siendo tantos los que en el mundo corren tras de la dicha, era difícil que alguno de ellos no hubiera pasado junto á Estela y difícil también que deje á la dicha huir el que logra encontrarla en su camino... Y si existía sobre la tierra alguno á quien Estela había enriquecido con su amor... ¿quién era aquel hombre? ¿Cómo se llamaba? ¿Dónde vivía? ¿Le había amado Estela más de lo que le amaba á él? ¿Cuál era el pasado de aquella mujer encantadora que á sus brazos llevó un simple capricho del azar? ¿Cuál era el secreto que se ocultaba en aquella ignorada existencia?

Jenaro, que con un afán tan constante se esforzaba por impedir que Estela volviera al pasado la vista, empezaba él mismo á sentir la atracción del insondable misterio. Era su dicha tan grande, que comenzó á dudar de ella.

– ¿Seré realmente tan feliz como me creo?, se preguntaba. ¿Quién es esta mujer? ¿De dónde viene?

En aquel instante miró hacia abajo y la vió en gallarda apostura, siguiendo con sus ojos el vuelo de las gaviotas y recibiendo el beso de las olas, que en rizos de espuma querían cercarla.

Entonces Jenaro dióse prisa á alejar de su mente las negras ideas que lo asaltaban; descendió del faro, corrió donde Estela y, cautivo de sus seductores encantos, sintióse en plena felicidad.

Era ya la época del estío y aquellos dorados arenales que en la costa se distinguían poblábanse de parisienses y de forasteros llegados de las grandes ciudades más próximas. Algunos botecillos de recreo iban hasta el faro en las tardes serenas, lo que animaba un poco la vida ordinaria del islote, pues hasta que principió el verano sólo se acercaba á aquella roca un pequeño batel que cada dos ó tres días llevaba á Jenaro y á Estela sus provisiones.

Creyó Jenaro advertir que muchos de los jóvenes alegres que, remando y cantando, solían pasar junto á la peña, miraban á Estela con especial curiosidad siempre que al pie del faro la veían, ó buscábanla dirigiendo sus anteojos de mar hacia la ventana de la joven cuando se hallaba ésta dentro del faro. Con un pretexto fútil cambió la habitación de Estela, que se abría hacia la costa, por otra que miraba al ilimitado horizonte. Además el faro, que era de cómodo acceso por el lado que hacia la costa caía, hallábase defendido mirando á alta mar por una larga y complicada serie de escollos que hacíanlo inaccesible.

A Estela no le contrarió aquella mudanza que aumentaba su aislamiento. El torrero á quien reemplazó Jenaro habíase dejado allí varios libros, inspirados todos ellos en la salvaje poesía del mar, y la lectura de aquellos libros completaba el poético ensueño en que la joven vivía.

Dos ó tres veces Jenaro evitó, invocando diversas razones, que visitasen el faro algunos bañistas que paseando en sus botes llegaban del puerto vecino. Varios de entre ellos habían insistido con singular tenacidad en que se les permitiera la visita. Mas Jenaro se mantuvo inflexible.

Una tarde creyó sentir voces del lado de tierra. Vió á pocas brazas del islote un botecillo que pasaba. Parecióle á Jenaro que los que iban en él llamaban á alguno y escuchó atento. No tardó en percibir este grito que del bote salía: *¡Resignación!* Después oyó gritar: *¿Y Gaultier?*

¿Qué quería decir aquello? Jenaro se perdía en las más hondas confusiones. Como Estela se hallaba en aquel momento en su habitación, del lado que cae á alta mar, no llegaron á su oído las voces. El bote pasó; hundióse el sol tras del horizonte lejano, y en medio de las tinieblas Jenaro creía seguir oyendo los dos misteriosos gritos *¡Resignación! ¿Y Gaultier?* Se despertó durante la noche sobresaltado; las dos voces resonaban en sus oídos con persistencia invencible. Jenaro tenía un vago presentimiento de que en aquellos dos gritos encerrábase la clave del secreto que ocultaba el pasado de Estela. Haciéndoselos oir á su amada, ¿no la sacaría del sueño en que se deslizaba su existencia y la haría sentir la realidad de un pasado lleno de tormentos crueles? ¿No sería peligroso hasta para la vida misma de la joven un despertar brusco que disipase el encanto de la ilusión que la hacía dichosa?

Mas ¿cómo aquellos jóvenes que iban en el bote la conocían? ¿Y quién era Gaultier, por quien le preguntaban? ¡Ah! ¡Gaultier era, sin duda, el hombre á quien Estela había hecho feliz con su amor! Aquellos jóvenes, quizás, eran parisienses que habían con Estela reído y gozado y sabían de ella lo que Jenaro ignoraba.

A la tarde siguiente otro botecillo fué aproximándose, y al pasar junto á la peña de la ligera embarcación salieron los mismos gritos: *¡Resignación! ¿Y Gaultier?* Las impresiones de la noche pasada sacudiéronle á Jenaro con mayor fuerza, y una terrible sospecha surgió en su espíritu: ¿sería Estela una de esas mujeres de desastrosa vida que en París tanto abundan, sumidas en el fango de los placeres y hábiles en engañar y en fingir, y reduciríase aquel sueño de felicidad en que parecía encantada á una simple ficción, á una vana mentira? Jenaro, no pudiendo resistir al impulso de aquella sospecha, corrió donde Estela, que notó en él cierto temblor; la cogió de la mano, y llevándola á su antigua habitación la hizo asomarse á la ventana desde donde se distingue la costa.

– ¿Ves aquel bote?, le dijo. ¿Qué es lo que gritan los que van dentro? ¡Diríase que llaman á alguno!

Jenaro guardó silencio; Estela puso grande atención, queriendo oir lo que gritaban... Pero llevábase el viento las voces que del botecillo salían... Por fin, una ráfaga las hizo llegar á los oídos de Estela y ésta oyó claramente:

– *¡Resignación! ¿Y Gaultier?*

La pobre estela, al oir aquello, se figuró que soñaba. Luego, convulsa, apretándose los ojos con las manos, cerrándolos y abriéndolos con agitación febril, como quien despierta de un penoso y largo sueño y aún no está seguro de haber salido de él completamente, llevó á cabo un esfuerzo decisivo, dió un grito desgarrador y, rompiendo á reir en ruidosas carcajadas, exclamó de una manera incoherente, dándose golpes contra las paredes del cuarto:

– ¡Pobre loca!.. ¿Y tú creías que lo pasado era un sueño?... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Qué ha de ser sueño! ¡Pues no eras poco ambiciosa! ¡Ser feliz!... ¡Gaultier! ¡Samsón! ¡Los reyes de Etruria! ¡La guillotina! ¡Mi hermano! ¡El Sena! ¡Jenaro!.. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Todo verdad ó todo mentira? ¿Estoy viva ó muerta? ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Jenaro, lleno de terror, corrió hacia Estela, gritando:

– ¿Qué es lo que he hecho?

Fué á abrazarla, mas ella lo rechazó enérgicamente, diciéndole:

– ¡No os conozco! ¿Quién sois?

– ¡Estela, yo te adoro!, exclamó él, queriendo estrecharla en sus brazos.

– ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Abrazar á una muerta!, respondió Estela, y lanzando estridentes carcajadas volvió á golpearse contra las paredes.

– ¡Oh! ¿Qué es lo que he hecho?, gritó Jenaro con indecible desesperación. ¡Eramos dichosos y la he vuelto loca! ¡Estela! ¡Estela mía!



LA VISITA, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Federico Marcet



– ¡Ja! ¡ja! ¡ja!, continuaba Estela, riendo sin cesar.

Cuanto más grande era el dolor de Jenaro, más fuertes y más seguidas eran las carcajadas de Estela.

Penetraba en la habitación el último rayo del sol poniente. Jenaro cayó de rodillas y dijo á la desdichada:

– ¡Perdóname!

Pero la joven al mirarlo prorrumpió en nuevas carcajadas estrepitosas.

Entonces Jenaro levantóse, extraviado el juicio, y llevándose las manos á la cabeza se dirigió rápidamente á la ventana, se arrojó por ella y cayó sobre las peñas, donde quedó hecho pedazos su cuerpo.

Como había cerrado la noche y la luz del faro no brillaba, acudieron del puerto vecino á saber lo que ocurría. Las carcajadas de Estela guiaron á los marineros enviados con dicha misión. Las frases ininteligibles de aquella desgraciada y los restos del cuerpo de Jenaro fueron los únicos datos obtenidos sobre aquella doble catástrofe que quedó para siempre envuelta en el misterio más profundo.

Fué así, con la razón perdida, como el conde de Etruria volvió á hallar á su hermana, de cuya última desdicha había llegado hasta él el rumor. Solía con frecuencia ir á visitarla al establecimiento donde la tenía y, en sus arrebatos de locura, la infeliz Estela creía siempre ver brillar un faro cuya luz la hacía sonreir, calmaba su fiebre y acababa por adormecerla en un sueño reparador, durante el cual mostraba en su rostro una expresión de dicha inefable y de suprema ventura.

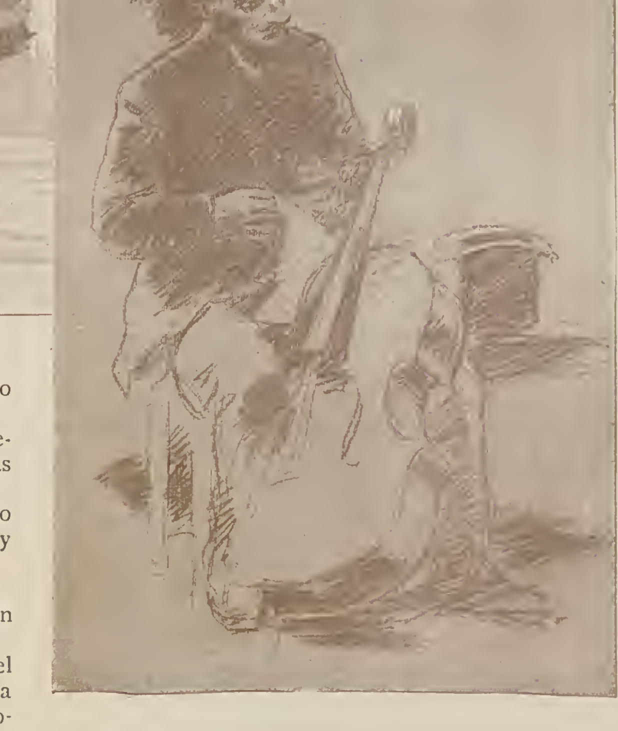
Ernesto García Ladevese

CRONICA DE ARTE

Un incidente. – La Academia de San Fernando. – Las medallas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América y la crítica. – El incendio del Museo del Prado. – El fantasma de fuego. – Carolina Méndez en el papel de *Marquesito*.

La odisea de la decoración escultórica del nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos de esta corte no ha terminado todavía. A la desaprobación ministerial que del reparto de obras había hecho en un principio la sección técnica de la Academia de Bellas Artes, haciéndose eco el ministro de Fomento de lo dicho en contra del reparto aludido por el periódico *El Liberal*, siguió el concurso último, de cuyo resultado hemos dado cuenta á los lectores de La Ilustración Artística. Cuando todo parecía normalizado. un incidente viene á poner de relieve la necesidad de rehacer por completo el reglamento de la Academia, para evitar que se repitan hechos como el de que voy á ocuparme.

El Jurado, nombrado del seno de la corporación consultiva á que vengo refiriéndome, propuso al escultor académico Suñol para que ejecutase un esfinge y al Sr. Moratilla para el otro, con arreglo á las observaciones del dictamen técnico. En votación ordinaria y por un solo voto, el Sr. Suñol logró que se le adjudicasen los dos esfinges, habiendo decidido dicho acuerdo los votos de



Hojas del álbum de D. Román Ribera

la numerosa sección de música, que entenderá mucho de fusas y semifusas, pero de artes plásticas ni una sola palabra.

El escultor Moratilla, aconsejado, según dicen, por varios individuos académicos, presentó una protesta para ante el Consejo de Estado pidiendo la anulación del acuerdo definitivo, fundándose para esto en que el Sr. Suñol, faltando á las bases de la convocatoria, que exige un modelo para cada estatua ó esfinge, no presentó más que uno, y llamando la atención del Consejo acerca del hecho de que se retirasen del salón en el acto de procederse á la emisión de los votos gran parte de los individuos del Jurado.

Sea lo que quiera, lo cierto es que todavía no se comunicó oficialmente á los escultores premiados la orden de dar comienzo á los modelos definitivos; que en el seno de la Academia de San Fernando existe un desacuerdo latente, y que este desacuerdo hubo de alcanzar su período álgido con motivo del concurso de proyectos para una medalla conmemorativa del centenario del descubrimiento de América; desacuerdo tal, que ocasionó sesiones muy agitadas allí donde hasta hace poco todo era tan sereno como la superficie de un lago.

Verdaderamente las secciones técnicas de escultura, pintura y arquitectura tienen razón para sentirse molestadas con la ingerencia de la musical, que viene decidiendo, hace algún tiempo, de la marcha de nuestro arte por la fuerza del número. La medalla premiada es sin duda de las primeras entre las medianas. Disputábanse el premio un proyecto de un artista catalán, otro de un vienés, otro de un belga y otro de un madrileño. Nadie creía, á pesar de las fuertes influencias del autor que resultó premiado, que llegase el cuerpo académico hasta desafiar la opinión de los artistas y de la crítica otorgando la ejecución de la medalla al que se le otorgó. Cuando se supo el acuerdo, la prensa toda disparó con bala rasa sobre el artista y sus protectores, llegando algún periódico al extremo de pedir que de ahora en adelante no se someta á las decisiones de la Academia de San Fernando ningún asunto de arte.

La medalla en cuestión tiene, entre varios, un defecto capital: el de no ser medalla por carecer de anverso y reverso. Se compone de dos episodios medianísimamente ejecutados del viaje primero de Colón á América, y que lo mismo servirían para bajos relieves cuadrados y aislados, que para otra cosa cualquiera.

Como se ve, estos son defectos de fundamento. La medalla debía sintetizar una idea, y esta idea no existe; la medalla debía tener reverso y anverso y no los tiene. Es decir, que no tendremos medalla, tal y como se entiende la medalla de este género.

***

El gran acontecimiento de estos días, y el cual obscureció el éxito de Concha Castañeda, fué el artículo de mi compañero Mariano de Cavia, llamando la atención de los poderes públicos respecto de la inminencia de un incendio que destruyese nuestro Museo de pinturas. La emoción producida en Madrid aquella mañana y después en toda España y Europa, aún hoy la reflejan periódicos como *Il Secolo*, *Le Temps*, *The Daily Chronicle*, etc. En esta corte no se habló de política, del nuevo ministerio, de nada absolutamente más que del famoso artículo. En el salón de conferencias la nota saliente era el incendio supuesto, su trascendencia y las medidas que debía tomar el ministro de Fomento. Yo, que he tenido el honor de hablar varias veces aquellos días con el Sr. Linares Rivas, á propósito de la cuestión palpitante, puedo afirmar que el nuevo ministro agradeció en lo que valía el aviso, llegando su galantería conmigo hasta





DEMANDA DE HOSPITALIDAD, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Manuel de Camps

(De fotografía de D. Juan Martí.)



SALIDA DE UN BAILE, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Enrique Carbó

reseñarme de antemano las medidas que inmediatamente pensaba tomar, alguna de las cuales se está llevando á cabo.

El mismo día que el Sr. Linares visitaba el edificio del Museo, cumpliendo la orden recibida por el director de *El Liberal* visitaba yo también sótanos y buhardillas de dicho Museo, y pude observar como el peligro de incendio era una verdad. Lo mismo creyó el ministro de Fomento al decirme que había visto horrores, y que nuestra Pinacoteca tenía dos enemigos, uno en los pies y otro en la cabeza, es decir, dos bosques de madera seca en los sótanos y en el tejado. La campaña comenzada por Cavia y seguida por mí desde las columnas de *El Liberal*, fué secundada por toda la prensa sin distinción de matices políticos. La unanimidad de pareceres dió el resultado apetecido, puesto que al desaloje de los sótanos se seguirá inmediatamente la construcción de dos pabellones para los empleados del Museo y la instalación de los caloríferos de vapor.

***

La pintura escenográfica está mirada en España por la crítica con total indiferencia. No así en el extranjero, especialmente en Francia y Alemania, donde este género pictórico se aquilata como todos los demás, discutiéndose la mayor ó menor propiedad y justeza del asunto desarrollado en los telones, en dibujo y factura, etc., etc.

Digo esto á propósito del melodrama ó lo que sea estrenado en el teatro Circo de Parish de esta corte, hace escasamente tres semanas, y que se titula *El fantasma de fuego*.

La escena tiene lugar en las profundidades de una abandonada mina de carbón de piedra. Las mutaciones son muchas y los telones están, como pintura, bien ejecutados, pero la verdad brilla por su ausencia.

Figúrense mis lectores las negruras de una mina de hulla; supónganse el aspecto dramático de esas galerías subterráneas, donde brillan, al reflejo de la linterna del minero, las cristalizaciones de la madera petrificada en miles de años, de existir falta de todo contacto con el aire y la luz solar en las entrañas de la tierra, y supondrán algo parecido á la verdad, tan bien descrita por Zola en *Germinal*. Pero no se imaginarán – seguro – que el pintor escenógrafo entendiese que esas negruras dramáticas debía desterrarlas de su paleta, sustituyéndolas con los brillantes matices de las rocas que existir puedan en las cavernas á flor de la tierra ó en la superficie de los montes. Resulta de esta manera singular de interpretar la verdad y el efecto escénico, que desaparece la ilusión que en el espectador debiera producir la mayor aproximación al natural, quedando tan sólo en la memoria y en la retina el recuerdo y la imagen de colores, luces y formas completamente distintas á lo que realmente debían ser.

Nada digo de la decoración en que se representa el fondo de la mina teñida de azul y de aquellos volantes, ruedas, transmisores y otros artefactos; seguramente obedece á exigencias del libreto tan extraña como inaudita ignorancia de lo que una mina de carbón es. Julio Verne lo perdone á sus glosadores.

Respecto de las decoraciones de paisaje, de caserío y de marina, tan sólo elogios merece el pintor.

R. BALSA DE LA VEGA.

LA TELA DEL PADRE

ARTÍCULO DE RARAS COSTUMBRES

– ¡Señorito!

– ¿Qué hay?

– Este oficio han traído para usted.

– ¿Un oficio?... ¡Pues está bien! ¡Yo que he venido á pasar una temporada en este pueblo, que es, si bien pequeño, uno de los más pintorescos de Andalucía, huyendo de informes, oficios y expedientes... ¿Quién lo trae?

– El alguacil.

– ¡Cáscaras! ¡Esta es más negra! Yo respeto muchísimo á la autoridad; pero la verdad es que siempre he procurado, y Dios me conserve en mi propósito, no tener relaciones de ninguna clase con ella. En fin, veamos. Justo: un oficio del alcalde, que á la letra dice así:

«Debiendo verificarse en la tarde del día de hoy la póstula para *la tela del padre*, espero que se sirva usted concurrir á las casas capitulares á la tres en punto. Dios, etc.»

Si el oficio hubiera estado escrito en chino, creo que lo entendería mejor.

Debiendo... ¡Eso de que todos los oficios han de empezar con gerundio tiene mucha droga!

¿Pero qué póstula es esa, ni qué tela, ni qué padre, ni qué falta hago yo para todo eso?

En fin: vamos á obedecer á la autoridad local, no vaya á hacer conmigo una alcaldada. Quizá en el Ayuntamiento habrá quien me explique el enigma.

Seguía yo á la sazón tendido en una *chaise longue* junto á un balcón de mi casa en Montemayor, desde donde se dominaba toda la campiña que se extiende entre este pueblo, los de Espejo, Montilla y Castro del Río, ocupando gran parte del término de Córdoba. A Levante y sobre la línea del horizonte se destacaba en la sierra el célebre santuario de la Virgen de Cabra; á Poniente las grandes masas de olivar de la Rambla, de Aguilar y del mismo pueblo de Montemayor, corriéndose hacia el Sur y ocultando á medias entre los pliegues del terreno el lindo pueblo de Fernan-Núñez, con sus famosas estacadas, también de olivar, y el monte de la Mota al final del cuadro. Al Norte, la negra barra de Sierramorena, á cuyo pie está Córdoba, la sultana, la odalisca, ó lo que se quiera, de las regiones del Occidente.

Por entonces los habares en flor enviaban al aura sus perfumes; los olivares vestían su trama blanca, esmaltando las verdes copas de los árboles; las amapolas abrían entre los trigos su espléndido manto de grana, y el aire tibio de la primavera saturaba de oxígeno vivificador los pulmones. Más cerca de la torre ó mirador estaba, en el pueblo mismo, el castillo de los duques de Frías, con sus tres torres perfectamente conservadas: la de la Paloma, atalaya altísima que se descubre á gran distancia; la de las Armas, ó sea la del Homenaje, y la torre *Mocha*, llamada así porque carece de almenas y matacanes: especie de bloque enorme que parece con su pesadumbre amenazar á los barrios del pueblo que en declive se extienden á sus pies.

Abandonar aquel magnífico panorama para ir á ver al alcalde y en busca de lo desconocido era toda una decepción; pero como de decepciones está llena la vida, no hubo más remedio que resignarse, vestirse y acudir á la cita.

Cruzando las calles de la población, cubiertas por un pavimento completamente primitivo que precisamente se sostiene por indicación y á instancia de callistas y pedicuros, llegué sano y salvo á la casa municipal.

No eran las tres de la tarde todavía, y ya la sala capitular contenía todo lo más granado del sexo masculino del pueblo con el vicario eclesiástico, el alcalde, el regidor síndico y otros tres ó cuatro concejales. Abajo y á la puerta de la entrada principal del edificio se hallaba el alguacil teniendo del ronzal una burra aparejada y sobre el aparejo un gran serón vacío, y con el alguacil estaba el pregonero con otra burra y otro serón semejante.

Al cabo de poco tiempo se presentó en el salón el padre cuaresmal que había predicado en la parroquia, no sólo todos los domingos de la última Cuaresma, sino también el septenario de Dolores, así como los sermones de *Pasión* en la iglesia y el llamado del *Paso* en la plaza pública.

Ya encontré descifrada la personalidad del padre, pero aún no sabía yo una jota ni de la póstula ni de la tela.

Cambiados los saludos de rúbrica con la mayor cordialidad, salimos todos del ayuntamiento procesionalmente. Primero iban las dos burras con el alguacil y el pregonero. Después los ya dichos señores del pueblo, presididos por el alcalde, el vicario y el padre cuaresmal.

Pronto averigüé lo que significaba la póstula. Los postulantes éramos nosotros; el objeto de la póstula, el padre y su tela. Esto último es lo que me faltaba entender. Llegamos á todas las casas: á las de los medianamente acomodados y á las de los pobres; y el pregonero y el alguacil, ambos de buenos pulmones, se entraban por los patios adentro gritando desaforadamente: «¡Para la tela del padre!» volviendo fuera con las manos ocupadas, ya con una sarta de chorizos, ya con un pedazo de jamón, ya con un trozo de tocino rancio, un celemín de trigo, de garbanzos ó de habas secas, algunas gallinas, huevos á veces, medio queso ó algunos cuartos. En ciertas casas nos daban, no jamón, sino huesos de jamón, lo cual no es lo mismo; un puchero con miel, tres panes muy morenos ó un puñado de alpiste ó de lentejas. En las tabernas, ya se sabe, un frasco de aguardiente ó una mediana cantimplora de vino malo.

Pronto se llenó el seno de ambos serones y tuvimos que hacer alto en medio de la calle hasta que volvieran con las burras el alguacil y el pregonero, que habían ido á descargar en casa del padre toda aquella vitualla. De este modo se hicieron cuatro ó cinco viajes, y allá á las oraciones se dió la póstula por terminada. Acompañamos al padre á su domicilio, y allí, bajo el dintel de su puerta, nos dió á todos las gracias y se disolvió la reunión.

Mohino por demás regresaba yo á mi casa, diciéndome: «¿Qué será lo que el padre hará con eso? ¿Se lo irá á comer? Entonces revienta.» cuando, como si hubiera adivinado mi curiosidad, se me acercó el alguacil á hablarme.

– ¡Qué buena ha estado la póstula, me dijo; ya tiene el padre tela larga!

– ¡Ya lo creo, si se lo come todo!.., le contesté.

– ¡Ca, no, señor! Es para la tela.

– Pero, hombre, ¿qué tela es esa?

– Una tela que se compra con el dinero que den mañana en subasta por cada cosa separada para hacerle al padre calzoncillos y camisas.

– Pero diga usted, ¿se ha venido el padre al pueblo sin calzoncillos?

– Yo no sé; pero es costumbre que lo que se recoge de la póstula se venda, como le he dicho á usted, para comprar al padre cuantas varas de lienzo quepan en el dinero que produzca la venta de lo que hemos postulado, el cual lienzo ha sido hilado y tejido por las mujeres de este pueblo con algunos meses de anticipación.

– ¡Gracias á Dios que ya lo he comprendido todo! Hemos ido nosotros con el padre cuaresmal para estimular la piedad del vecindario en su favor; y el padre va á quedar de esta hecha bien surtido de ropa blanca al menos, si es que no saca otra cosa de sus sermones.

– ¡Que si quieres! Eso no es más que una friolera. En buenos pesos duros le pagan al padre lo que predica; y además comido y bebido toda la Cuaresma y la Semana Santa. Lo de la tela es un *plus* de campaña, como el que me dieron á mí muchas veces en el servicio del rey.

– ¿Y todos los años es lo mismo?

– Lo mismo.

– Pero, hombre, ¿no sería más decoroso hacer la póstula en dinero, dárselo al padre y que éste se comprase lo que más falta le hiciera?

– No, señor; porque en dinero no se juntaría en el pueblo ni cien reales. La mayor parte de las mujeres que dan una libra de tocino, que vale dos pesetas, ó un celemín de trigo, que vale una, si tuvieran que dar dinero no pasarían de cuatro ó seis cuartos.

Me quedé convencido, aunque por afán de replicar, le dije:

– Pues si el padre viene por aquí muchos años, en muy pocos junta una tienda.

– Es que á éste no le volvemos á llamar hasta que se calcula que la tela se ha roto. Llamamos á otro y van alternando.

A semejante abrumadora lógica nada tuve que contestar; pero el alguacil, que tenía gana de conversación, me dijo:

– La póstula de este año ha sido buena porque el campo se presenta bien; porque anteanoche se le dió una paliza al comisionado de apremio que vino de Córdoba y se volvió más que de prisa, y porque el padre ha dado gusto.

– ¿Cómo gusto?

– Porque ha hecho llorar á todas las mujeres y á muchísimos hombres.

– ¡Vaya un gusto!

– Sí, señor; y ha arreglado dos docenas de matrimonios mal avenidos, convenciendo á los maridos de que no deben reparar en pequeñeces.

– ¡Ah! Sí, como en la corte, donde ha tiempo que no se repara en esas pequeñeces.

– Y las mujeres...

– ¿También convence á las mujeres?

– De que cuanto más tiempo están los hombres en la taberna, más libres están ellas en su casa para hacer su santísima voluntad. Y luego... ¡vaya un pico de oro! ¡Cómo relata aquello de la Magdalena cuando limpió el sudor y la sangre del rostro del Señor, y de la Verónica, que derramó sobre los pies de Jesucristo ungüento de nardo, que dicen que huele muy bien, y se los secó con los cabellos!

– ¡Hombre, eso no lo pudo decir el padre! Pasó todo lo contrario. La Verónica fué la que en un lienzo sacó estampada la cara del Señor, al querer secar el sudor y la sangre que brotaba de su divina faz, y la Magdalena la que se presentó en el cenáculo y ungió los pies de Jesús.

– Tiene usted razón: eso fué lo que dijo, sino que siempre que se habla del cenáculo me trabuco y no pienso más que en Judas. Si está usted aquí para otro Sábado Santo, verá usted cómo fusilamos á aquel perro traidor.

– Pero hombre, ¡si Judas se hizo justicia á sí propio ahorcándose de un árbol!

– No importa. Para Judas no hay cuartel. Ahorcado y todo lo fusilamos.

—¡Muy bien hecho!

Llegamos á casa y me despedí del alguacil.

A los pocos días tuve que hacer mis visitas para despedirme de las personas notables del pueblo. Una de las de rigor era la del padre cuaresmal.

Le recomendé encarecidamente que siguiera arreglando muchos matrimonios que aún estaban en pecado mortal, ya por las pequeñeces de ellas, ya por el extravío de ellos, y me lo ofreció evangélicamente.

Sobre un antiguo sofá que en la estancia ocupaba el principal testero, se veían tres ó cuatro rollos de lienzo blanco y prensado.

Aquello era *la tela del Padre.*

AGUSTÍN GONZÁLEZ RUANO

NOTICIAS VARIAS

El ingeniero M. Alphand, á quien París debe su embellecimiento y las transformaciones que se han realizado en el período de estos cuarenta últimos años, falleció el 6 del actual, á consecuencia de una congestión cerebral. A su actividad y á su poderosa iniciativa debe la capital de la vecina República sus más importantes mejoras, entre ellas su saneamiento, por medio de su gran red de alcantarillado, y la desaparición del dédalo de callejuelas de la ciudad antigua, que constituían verdaderos focos de infección.

Nacido en Grenoble en 1817, cursó la carrera de ingeniero en la Escuela politécnica, de la que salió en 1837 para dirigir algunas obras en Burdeos, tales como puentes, caminos y canales en los alrededores de la capital de la Gironda. En 1853, llamado por el barón de Hausmann, trasladóse á París, en donde empezó á dar las señaladas muestras de su carácter emprendedor y clara inteligencia, á cuyas cualidades ha debido la justísima consideración que ha merecido del municipio de París. La transformación en Parque de los bosques de Boulogne y de Vincennes, la construcción de los inmensos parques de Chaumout, de Vincennes, de los jardines que existen dentro de la ciudad, la apertura de grandes vías y otras obras de gran importancia fueron concebidas y ejecutadas por este inteligente ingeniero, que también tomó activa parte en la organización de las Exposiciones Universales de 1867 y 1878, no habiéndole servido de obstáculo su avanzada edad ni sus achaques para prestar su valioso concurso al Certamen de 1889.

La ciudad de París ha perdido uno de sus más celosos funcionarios y el arte uno de sus más entusiastas admiradores.

***

En la creencia de que ha de tener interés para nuestros artistas, consignaremos á continuación el nombre de las localidades y las fechas en que se celebrarán Exposiciones y Concursos durante el próximo año de 1892.

Amiens. – Desde el 5 de junio al 14 de julio.

Bruselas. – Febrero á marzo.

Budapest. – Exposición de invierno de la Sociedad húngara de Bellas Artes, desde 1.º de enero al 25.


MEDITACIÓN, apunte al lápiz por D. Román Ribera

Cannes. – Exposición industrial y artística durante los meses de enero, febrero, marzo y abril.

Evreux. – Concurso de grabados, durante el mes de enero.

Glasgow. – Instituto de Bellas Artes. Exposición desde el 2 de febrero al 2 de mayo.

Lisboa. – Desde el 10 de marzo al 10 de abril.

Lyón. – Desde el 28 de febrero.

Madrid. – Exposición histórica europea de arte retrospectivo, desde el 12 de septiembre al 31 de diciembre.

Munich. – VI Exposición internacional de Bellas Artes, desde el 1.º de julio hasta fin de octubre.

Nantes. – Desde 1.º al 30 de marzo.

París. – Salón de la Rosa Cruz, desde el 10 de marzo al 10 de abril.

Pau. – En el Museo. Exposición desde el 15 de enero al 15 de mayo.

Roma. – Palacio de Bellas Artes. A partir del 31 de enero.

Tolosa. – Exposiciones y Concursos, desde el 15 de mayo.

***

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ad. Wurtz, traducción y adiciones de D. Vicente Peset y Cervera.* – Se ha publicado el cuaderno 8.º de esta obra, reconocida como una de las más importantes en su género.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en la casa del editor D. Pascual Aguilar, calle de Caballeros, número 1, Valencia, mandando el importe de cinco cuadernos, y en las principales librerías; en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

EL NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS. – LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES (2.ª parte de *El nacimiento del Niño Dios*). Zarzuelas en cuatro y un actos respectivamente, por el P. José Felis, de las E. P., música de D. José Silvestre.

Véndense al precio de una peseta cada una en la librería de D. Pascual Aguilar, calle de Caballeros, núm. 1, Valencia.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO X — BARCELONA 21 DE DICIEMBRE DE 1891 — NÚM. 521



NUESTRAS RECOMPENSAS

Cuando un artículo llega á conseguir la fama universal que nuestros *Mosáicos Hidráulicos* han alcanzado desde el primer momento de su aparición, todo elogio en su favor resultaría de una inutilidad completa, si nuestros competidores no lo hicieran necesario al pretender comparar sus productos con los que fabrica nuestra casa.

Si no bastara para probar la superioridad de nuestros Mosáicos sobre los fabricados por nuestros competidores, el gran número de primeros premios obtenidos en diversas Exposiciones y la Medalla de Oro que el jurado de la Exposición Universal de Barcelona nos adjudicó; lo dejaría probado de una manera irrefutable el hecho de habérsenos concedido la *Unica Medalla de Oro* que en la Exposición Universal de París de 1889 fué destinada á la industria de Mosáicos, entre los 400 expositores de nuestro ramo de todos los países, que tomaron parte en el Gran Certamen.

LA PRODUCCIÓN DE MOSÁICOS

Aunque la introducción de los *Mosáicos Hidráulicos* en la moderna construcción de edificios es relativamente reciente, la producción de este artículo ha alcanzado una cifra verdaderamente importante.

La casa *Orsola Solá y C.ª*, cuya gran fábrica ocupa una extensión vastísima, produce anualmente por término medio *4.500,000 piezas* que alcanzan segura colocación en los mercados españoles y sud-americanos.

Constantemente tenemos en depósito y en disposición de ser colocados más de 100,000 metros cuadrados de pavimento de mosáico que en un momento dado podríamos elevar á mayor cifra.

Producimos también en grande escala toda clase de objetos de granito, cemento para ornamento de edificios, cuyos detalles pueden ver nuestros favorecedores en el *Gran Catálogo Ilustrado* que publicamos todos los años.

Orsola, Solá y C.ª ✻ Plaza Universidad, 2 ✻ Barcelona

UN RESTAURANT AL PESO, *por Guillaume*



1 ¡Se me ocurre una idea prodigiosa!



2 No; lo que pesan esos tarugos de fijo no he de comerlo en el restaurant



3 Doscientas libras, perfectamente



4 ¡Ea, á sacar la tripa de mal año!



5 ¡A la salud del fundador del restaurant á peso!



6 ¡Ahí queda eso!

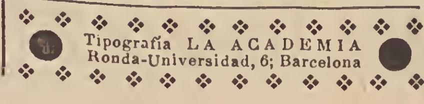
(Continúa en la pág. IV

(*Véase la pág. III*)

UN RESTAURANT AL PESO, *por Guillaume*


7 ¡¡¡Ciento setenta libras y antes pesó doscientas!!!


8 Treinta libras á dos pesetas una... Con pocos parroquianos como este pronto cerraríamos el establecimiento.


Tipografía LA ACADEMIA
Ronda-Universidad, 6; Barcelona